

19 Agosto 73
Isla Vega



Leí los versos del libro con niño,
sonás, y hallé en ellos. La limpie-
za que me gusta, aire, arena, pájaros,
agua. Y ternura.

Gracias por su regalo transpa-
rente, polsía verdadera, sin
las simulaciones de nuestro tiempo,
y con sus raíces bien puestas
en la tierra y en memoria.

Suyo
N. N. N.

Informe sobre Jonás

LOS POETAS NO MUEREN: quedan encantados. La frase no es mía sino de Guimaraes Rosa. Lo que yo dije hará medio siglo en mi *Contra la muerte*, es: “los poetas son niños en crecimiento tenaz” y ese texto se cierra así:

*dónde, por dónde
vienen los otros.*

Todo eso en diálogo con la idea de dinastía, porque de veras no hay originalidad inaugural en cuanto a presunta creación sino aprendizaje, largo aprendizaje. Nos aprendemos los unos a los otros. Soy Quevedo, soy Catulo, soy Vallejo, soy ese niño que anda por ahí.

De dónde salió Jonás? ¿Del *camouflage* literatoso de la seudonimia, o de la genuinidad áspera y tormentosa de nacer? Porque Jonás –nuestro Jaime Gómez Rogers– está naciendo, siempre está naciendo. Leamos, releamos esa palabra.

Esa palabra única que no ha sido descifrada en sus medulas (no médulas), en sus medulas VIVAS, por hablar a lo Quevedo. O por hablar a lo Vallejo, ¿por qué no? A mí me gusta esa palabra necesaria. Por-

que su palabra *me es* y conste que muy pocas palabras de estos plazos de nuestra lengua que *me son*.

Vayan y léanlo no más. Léanlo por ejemplo en la cuerda del amor, tan ajena en él a la farsa sentimental, tan parca esa palabra, de tan honda contención. Son apenas 20 líneas y hay que citarlas por entero, sin mutilación. Ya el designio genérico del texto lo dice todo: "Instante". ¿Qué es instante? ¿Dónde sino en el amor se nos aparece el relámpago-eternidad, que es el instante? Citémoslo entonces.

INSTANTE

*Se ha detenido, de pronto, la ciudad,
gira el cielo, alrededor,
tú estás temblando
como una luna en el agua,
estás junto a mí como nadando
por otoños que mueren perfumados.*

*Tu boca
como una rosa que abres,
arde como un sol húmedo en mis labios.*

*Estrecho tu temblor,
siento tus manos
subir como alas agitadas a mi espalda,
beso tu frente, como a una flor
sagrada,
y todo muere alrededor,*

y es un siglo fugaz, es un instante,
que nos une en lo hondo, y nos separa,
la tierra irrumpe al corazón,
jadeando,
y se detiene la ciudad, en nuestros brazos.

Y no insistamos en el *tanathos*, en urdimbre viva con el *eros*, eso se sabe. Toquemos más bien el mar, la inmensidad de las aguas que tanto fascinaron siempre a este Jonás, de las que él mismo vino, y a cuyo mito pertenece por derecho propio. ¿De dónde le fue dado el autodesignio de Jonás a este poeta visionario que fue Jaime? Porque todo confluye en él: ese nombre para ver el Mundo y armar su obra extensa –unos 30 títulos– y vivir el intraexilio de Punta de Tralca. Tralca es trueno, ya se sabe, y por lo visto es mar, monumento al mar como diría Huidobro. Tanto y tanto que se nos da en las aguas primordiales de este Jonás indestructible. Los poetas no mueren, quedan encantados. Todo se nos ofrece en dinamicidad de esas aguas, en la torrencialidad y elegancia de esas sílabas. Ahí anda, en ese vaivén, el verdadero origen: la verdadera amniosis, el gran ritmo del que nacemos y al que vamos. Leo a Jonás, lo leo, esto quiere decir que lo releo en el oleaje.

Y no es que no haya ser en esta palabra, en este Jonás. Ser y más ser. Y no es que no haya ser, es decir, crecimiento. El *to be* hamletiano es, en sánscrito, *bhou*: crecimiento. Así que cuando somos más

bien crecemos. Me estaré repitiendo. También el viejo océano –“Yo te saludo viejo océano” y eso lo dijo Láutreamont en la parentela remota de Huidobro, también el viejo océano, las gaviotas altísimas.

Eso te iba a decir, Jonás, poeta mío. Nos vemos, nos revemos.

Gonzalo Rojas

Vivir y morir poesía

CREO QUE JORGE TEILLIER FUE quien dijo que más importante que escribir poesía era vivir una vida de poeta, es decir, renunciar voluntariamente a las supuestas seguridades de la vida pequeñoburguesa, que embota los sentidos y entorpece la sensibilidad, para asumir los riesgos de la libertad.

Pienso que mi amigo Jaime Gómez Rogers (Jonás) abrazó esos ideales, abandonó la vida urbana, neurótica y burocratizante, y se propuso vivir (y morir) como poeta, junto al mar, esa matriz de la que ha emergido todo lo viviente en el planeta.

Constatar este hecho no es poca cosa, sobre todo si se advierte que de los poetas de los años '60 Jonás quizás fue el único que tomó ese camino e hizo votos de poeta, en circunstancias que sus coetáneos más bien nos vimos envueltos y hasta arrollados por la ola encrespada de la historia social y política de nuestro país. Lo de Jonás fue otra cosa, como el mismo lo expresa en la presentación de su *Diccionario cabal*: "Escribir poesía fue vivir poesía".

Nos conocimos en el viejo Instituto Pedagógico de la calle Macul, donde formaba parte de la Academia Literaria junto a Gonzalo Millán, Ariel

Dorfman y otros que ahora no recuerdo. Su entusiasmo por la lírica era genuino y contagioso. Jaime creía en la poesía, le parecía más real y asequible que cualquier utopía ideológica. Y estaba dispuesto a entregarse a ella por entero. Ello no quiere decir que le fueran ajenas las vibraciones que el tema social producía en la poesía y en la nueva canción. De hecho, tuvo lazos creativos con Víctor Jara y el Quilapayún, una de cuyas composiciones lleva versos suyos.

Por aquel entonces también nos tocó compartir nuestra flamante vida de casados y de padres jóvenes, sin que decayera nuestro fervor por la palabra poética. Recuerdo que fue Jaime quien se adelantó a publicar sus primeros poemas: *Deshojándome* (1962), *Diálogo para dos movimientos* (1965) y *La fuga de Sebastián* (1966), que obtuvo el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores.

Pero comenzaban a arreciar los conflictos sociales y políticos que harían explosión durante los primeros años '70. Con Jaime estuvimos entre los poetas que sobrevivieron al golpe, con su secuela de violaciones a los derechos humanos más elementales; y también entre los que permanecieron en Chile. Si bien no me cuento entre los cófrades que concurrían a la ahora célebre "Unión Chica", no es menos cierto que abrí de toque a toque las puertas de mi casa de la calle Beethoven a un grupo de amigos tan desamparados como yo; en esa casa y con vino,

canto y poesía nos consolamos de los ayes que brotaban por doquier.

Recuerdo entre otros comensales de ese cenáculo de sobrevivientes, a los hermanos Jorge e Iván Teillier; a Nancy Chambers; a Enrique Valdés; a Álvaro Ruiz; a Rolando Cárdenas y Eliana Oyarzo, su mujer; a Eduardo Molina Ventura, el Chico Molina; a Jaime Quezada; a Juan Guzmán Améstica; y por supuesto, al poeta Jonás.

En el año '76, Jaime, con su entusiasmo de siempre, me sacó del abatimiento y me instó a publicar *Lobos y ovejas*, que permanecía inédito tras el golpe militar. Fue así como bajo los auspicios de la galería de arte Paulina Waugh, en el barrio Bellavista, aparecieron su poemario *El jardín de las palabras* y mis *Lobos*. Por primera vez Jaime usó el nombre de Jonás. Poco tiempo después la galería fue incendiada por agentes del régimen vaya a saber por qué motivos, si es que hacían falta motivos para los abusos y atropellos alentados desde La Moneda.

Años más tarde, Jaime decidió irse a vivir junto al litoral, cumpliendo una vieja aspiración que también constituiría el meollo de su poética: el mar, la naturaleza, la vida sencilla. Ese sería su definitivo *adiós a la ciudad* y de esa cantera extraería lo mejor de su copiosa producción lírica, no exenta de resonancias panteístas. Con ello se distanciaría definitivamente de los poetas de su generación. La línea de descendencia de Jonás venía de Neruda, de Juvencio,

con quienes compartía la apuesta por la belleza y la validez de la palabra poética. En la otra vertiente estábamos los que reconocíamos como nuestros ancestros a Parra, Rojas, Lihn y Uribe, y poníamos a la palabra en tela de juicio, cuestionándola y relativizándola en su supuesto y eventual poder.

De allí en adelante, Jonás se convertiría en un poeta de tiempo completo según las exigencias de Robert Graves en *La diosa blanca*, y de ello dan testimonio sus incansables y múltiples ediciones de Altamarea, toda una institución en el litoral de los poetas. Precisamente, la presente antología de su obra editada con toda justicia por RIL rescata lo más granado de una escritura consagrada a los temas que siempre lo apasionaron: la poesía, la ciudad, el mar, la tierra, la muerte y el amor.

El mar, en primer lugar, brinda su voz a esta selección y el poeta parangona su poderío con el de la *poïesis* misma: “la poesía tiene la fuerza pura del mar”. Su entrañable ligazón con el océano lo hace exclamar: “donde quiera que fui el mar me llamaba”, o bien “el poeta se mide con el mar”, y reconocer que “sabor de mar subía a mis palabras”. Por el contrario, la ciudad que ha abandonado le hace decir: “Yo era un barco perdido en el cemento”.

Para nuestra suerte, este Jonás que alcanza a asomarse al siglo XXI tiene más trazas de poeta que de profeta. No obstante, su palabra está impregnada de una inquebrantable fe en la poesía, en cuyo

vientre habita y del cual se nutre. Los embates del amor y del dolor no le son ajenos, ama con pasión y con locura; forma y pierde una familia; gana una compañera, Vania (“hay soles, Vania/ que pueden nacerle a un hombre en tu mirada”); pierde a una hija; escribe y publica con tesón; crea la sala de arte Alta Marea; se las rebusca para seguir adelante; se las ingenia para ganar amigos y colaboradores; se improvisa de carpintero; se las arregla como artesano; se las da de buzo y de hombre rana; mira y admira los crepúsculos marinos; escribe y lee sin descanso; gana premios y becas; comparte la alegría; se acuerda de Rebeca, su madre; recuerda los días de la infancia y finalmente se retira de la escena en compañía de la dama sin rostro.

Lo visité algunas veces en su refugio de El Tabo; el de Punta de Tralca no alcancé a conocerlo. Siempre me acogió con afecto y entusiasmo, como si aún fuéramos los jóvenes camaradas del Pedagógico. Me obsequió y dedicó cada uno de sus libros, editados con esfuerzo y sencillez. Nuestro último encuentro fue en Santiago. Me llamó por teléfono y convinimos en juntarnos en el restaurant Las Lanzas de la Plaza Ñuñoa. Allí me contó que acababa de operarse de cáncer, pero que se sentía optimista y confiado. Me regaló su último libro *Entre el silencio y la lluvia*, en cuya portada Vania Escobar dibujó un ángel premonitorio, y me escribió una hermosa dedicatoria con esas gaviotas volando que le gustaba

añadir. En la última hoja del libro anotó su dirección en Punta de Tralca y dibujó un croquis para que pudiera dar con su nueva casa. Sin embargo, sentí que de algún modo se estaba despidiendo de mí y que ese era nuestro encuentro final en este mundo. Ahora ya no sé si podré encontrar su morada definitiva.

Pero a modo de consuelo recuerdo que fue él quien escribió *¡Qué amable es la muerte! No lo sabía...* Ojalá que este presagio se le haya cumplido. Porque de ser cierto aquello de que *no mueren los poetas, solo sueñan*, en algún futuro despertar deberíamos abrazarnos nuevamente bajo el sol y frente a la mar, que es el morir.

Manuel Silva Acevedo

Santiago, septiembre de 2005